

MI NUEVA AMIGA



En aquella deliciosa parte del mundo había encontrado yo un pueblo pequeño y encantador y me había alojado en su diminuta posada, llamada “Les Trois Pigeons”. El hostelero, Jean Pigeons, era un tipo jovial a quien el vino había dejado la cara del color rojizo de una manzana. Era otoño y los bosques se hallaban en su mejor momento, un rico tapiz de colores que iban desde el dorado al bronce. Decidí disfrutar de ellos; conseguí que Monsieur Pettione me preparase un almuerzo frío y me fui al campo. Aparqué el coche y me adentré en el bosque para gozar de la panoplia de colores y las formas extrañas y mágicas de las setas que crecían por todas partes. Al cabo de un rato me senté en el grueso tronco de un roble caído para disfrutar del almuerzo y, acababa de terminar, cuando oímos roces de las zarzas muerta de color jengibre y apareció una cerda enorme. Se sorprendió tanto de verme como yo de verla a ella. Nos contemplamos con mutuo interés.

Pesaría, me pareció, unos cien kilos. Era de un color rosa suave, con un mechón de pelo blanco y unas decorativas manchas negras colocadas por la naturaleza de forma tan seductora como los lunares que solían ponerse las damas del siglo XVII. Tenía unos traviesos ojillos dorados llenos de sabiduría, unas orejas que le caían a ambos lados de la cara como la toca de una monja y un morrito orgulloso con delicadas arrugas, cuyo extremo parecía uno de esos espléndidos instrumentos victorianos que se utilizan para destupir tuberías atascadas. Sus pezuñas eran elegantes y pulcras, y el rabo un maravilloso signo de interrogación de color rosa, retorcido, que la impulsaba por la vida. Exudaba un aura que no era, como habría cabido esperar, de cerdo, sino un aroma fragante y delicado que sugería prados primaverales tachonados de flores. Nunca había olido a un cerdo así. Rebusqué en mi memoria para recordar cuándo había sido la última vez que me había tropezado con un perfume tan romántico y mágico y por fin lo recordé. Había sido una vez que entré en el ascensor de un hotel y la deliciosa dama que descendía conmigo también había despedido aquel mismo delicado aroma que ahora me llegaba de la cerda. A la dama des ascensor le pregunté si le importaba comunicarme el hombre de su exquisito perfume y me dijo que se llamaba “Joy”.

Pues bien, he tenido muchas experiencias extrañas en la vida, pero hasta entonces nunca había tenido el privilegio de encontrarme, en un robledal del Périgord, con una cerda grande y simpática que llevara ese perfume concreto tan caro. Avanzó lentamente hacia mí. Me puso la barbilla en la rodilla y soltó un gruñido prolongado y más bien alarmante,





el tipo de ruido que hace un especialista de Harley Street cuando está a punto de decirte que la enfermedad que padeces será fatal. Suspiró hondo y después empezó a hacer como si mascara. Aquel ruido era idéntico al de un grupo extraordinariamente ágil de bailarinas españolas con muchas castañuelas. Volvió a suspirar. Era evidente que la dama quería algo. Apuntó la nariz hacia mi bolsa y soltó grititos de alegría cuando la abrí para ver qué era lo que tanto atraía su atención. No vi más que los restos del queso que había estado comiendo. Los saqué, evité sus tentativas de apoderarse de todo el pedazo y le corté una loncha. No vi más que los restos

del queso que había estado comiendo. Los saqué, evité sus tentativas de apoderarse de todo el pedazo y le corté una loncha. Se la llevé a la boca y, para gran asombro mío, allí la mantuvo, gozando con la fragancia, igual que un experto en vinos deja que un trago se le quede en la lengua, aspirando su perfume y saboreando su cuerpo. Después empezó a comérsela con gran calma y cuidado, con gruñidos de satisfacción. Vi que llevaba en torno al grueso cuello, igual que una noble viuda llevaría una cascada de perlas, un elegantísimo collar de cadena dorado, del cual colgaba un trozo de cadena partida. Era tan elegante que resultaba obvio que mi nueva amiga era una cerda que alguien valoraba y había perdido. Aceptó algo más de queso, con sus gruñidos de agradecimiento y placer, dejando que cada fragmento se le quedara un rato en la lengua, como una auténtica experta. Me quedé con un trozo de queso como señuelo y con él logré sacarla del bosque y llevarla hasta mi furgoneta. Evidentemente estaba muy habituada a este tipo de transporte, subió a la trasera y sentó cómodamente, contemplando su derredor con porte noble y la boca llena de queso. Mientras volvía hacia el pueblo, pues estaba seguro de que de allí procedía, la cerda apoyó la barbilla en mi hombro y se durmió. Decidía que la mezcla del olor a “Joy” con el roquefort maduro no era una combinación que atrajese a un miembro del sexo opuesto. Llegué a “Les Trois Pigeons”, aparte de mi hombro la cabeza de la olorosa cerda, le di el último trozo de queso y entré en busca del ilustre Jean. Esta ocupado en sacar el brillo a unos vasos con gran precisión, echándoles el aliento uno por uno para conseguir el lustre necesario.

-Jean – dije-, tengo un problema.

-¿Un problema, Monsieur, qué problema? – preguntó-

-Tengo una cerda – respondí.

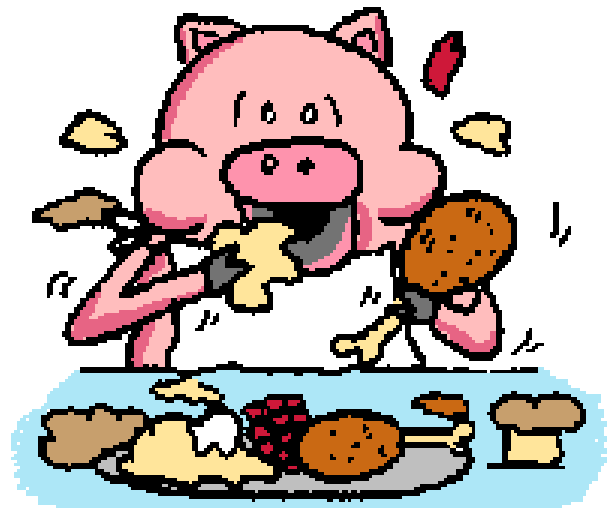
-¿Monsieur ha comprado una cerda?- preguntó asombrado.

- No, no la he comprado. La tengo. Estaba sentado en el bosque comiendo el almuerzo cuando de pronto apareció una cerda que se ofreció a compartir la comida conmigo. Creo que se trata de una cerda rara, porque no sólo le apasiona el queso de Roquefort, sino que lleva un collar de oro y huele mucho a perfume.

El vaso que estaba limpiando se le resbaló entre los dedos y cayó al suelo, rompiéndose en una multitud de fragmentos.

-¡Mon Dieu! – exclamó abriendo mucho los ojos -. -

¡Tiene usted a esmeralda!



Gerald Durrell, Un novio para mamá y otros relatos.